mirables que la prefiguraron, aunque quedándose todas á inconmensurable distancia de la Purísima.

Allí los que de siglo en siglo se iban acercando á los tiempos en que había de ser concebida María, y llevaban el sagrado depósito de esta divina revelación y dulcísima esperanza; allí los que tuvieron la dicha de conversar con la misma Inmaculada Virgen, como los apóstoles, los evangelistas, los discípulos del Señor, que al esparcir por todo el mundo la *buena nueva* enseñaron, más ó menos explícitamente, esta verdad de fe junto con las demás verdades reveladas; allí los innumerables ejércitos de mártires que lavaron sus estolas *in sanguine Agni*, «en la sangre del Cordero», tomada de una madre Inmaculada; allí los coros sin cuento de purísimas vírgenes, que fueron en pos de María y que siguen al Cordero y le festejan con cantares que ellos solos saben cantar; allí los Soberanos Pontífices, santos Obispos y doctores y sacerdotes devotísimos de la Virgen en este su predilecto

Misterio; allí, con sus innumerables hijos, los patriarcas de tantos religiosos esclarecidos del Oriente y del Occidente, que poblaron desiertos y ciudades y que tuvieron á gala defender la limpia y pura Concepción de María; allí, de toda raza, y tribu, y lengua, y estado y condición, las muchedumbres de bienaventurados, que claman: *Redemisti nos Deo in sanguine tuo*: «bendito seas, oh Cordero Divino, que nos redimiste para Dios con tu sangre», que es sangre de María; allí, en el eterno trisagio de los cielos, todos unánimes proclaman Santo, Santo, Santo al Señor Dios de los ejércitos, y digno de todo honor, amor y alabanza, por haber decretado desde toda la eternidad los honores del triunfo completo de María sobre el enemigo infernal y haber criado santísima, desde el primer instante de su sér, á la Reina de todos los santos y todos los ángeles.

Y ¿qué decir, venerables Hermanos y amados Hijos, de la participación que tienen en el triunfo de la Inmaculada las nueve jerarquías de es-

tos bienaventurados espíritus? Cuantos están versados en estudios teológicos saben muy bien que Santos Padres, como San Basilio y San Cipriano, Doctores como Escoto y Suárez, al hablar del Misterio de la Encarnación del Divino Verbo, no contentos con decir como Santo Tomás que «todos los ángeles desde el principio »conocieron de algún modo el misterio del reino »de Dios, que se realizó por Cristo» [1], vieron en la sumisión ó no sumisión al Hombre-Dios, que había de nacer de María, la confirmación de los buenos ángeles y la condenación de los malos para mayor gloria de Cristo y consiguientemente de su Madre [2]. Según San Fulgencio y San

(1) Dicendum quod mysterium regni Dei, quod impletum est per Christum, omnes quidem angeli a principio aliquo modo cognoverunt. (S Thom. I p , q. 64, a. I, ad. 4.)

(2) Hoc etiam confirmat similis revelatio facta angelis, et quod nonnulli Patres dicunt malos angelos occasione hujus mysterii per superbiam et invidiam cecidisse, indigne ferentes tantam naturæ humanæ exaltationem, et Christo subjici recusantes eamque excellentiam naturæ suæ arroganter appetentes: quod sentit Basilius, *Serm. de invid.*, et Cyprianus, *Serm.*

Bernardo, á los que sigue pléyade gloriosa de sagrados doctores y expositores, los ángeles reconocen también como Redentor suyo á Jesucristo, por haber sido preservados de incurrir en la culpa, en que incurrieron los ángeles prevaricadores, en virtud de los méritos futuros del que había sido constituido desde toda la eternidad Cabeza y Rey de los ángeles y de los hombres. San Fulgencio afirma que «una mis»ma gracia obró en el ángel y en el hombre: en »el hombre para que se levantara, en el ángel »para que no cayera; en el ángel para que no »fuese herido, en el hombre para que sanara de »la herida» [1]. Casi en los mismos términos se expresa San Bernardo al explicar cómo se puede Jesucristo llamar Redentor de los ángeles [2].

de ead. re, et Tertulianus, *lib. de patientia*. (Suárez, *De Incarnat. D. N.*, lib IV.)

(1) Una est in utroque (angelo et homine) gratia operata, in hoc ut surgeret, in illo ne caderet; in illo ne vulneraretur, in isto ut sanaretur. (S. Fulg., *De imm. divinit. Filii Dei* lib. II, cap. III.

(2) ¿Quo pacto tu dicis Dominum Jesum Christum eis fuisse

Y esto mismo, según varios doctores, significa el profeta y evangelista San Juan en su Apocalipsis, cuando asegura que los ángeles buenos vencieron á Lucifer en virtud de la sangre del Cordero «muerto desde el principio del mundo», á saber, en los sacrificios que le prefiguraban y anunciaban. De ahí los himnos de alabanza, de amor y gratitud á esta sangre redentora que, desde la Inmaculada Concepción, brotó del Corazón de María para trasvasarse después al Corazón de Jesús; de ahí las incesantes avenidas del mar de delicias en que se anegan todos los bienaventurados y los llevan á los pies de María en perpetua acción de gracias, una vez que, según lo dicho, la redención angélica como la humana no se llevó á cabo sin el consentimiento y la sangre de María al aceptar la divina Maternidad, asi como esta Maternidad no se llevó

redemptorem?... Quia erexit hominem lapsum, dedit stanti angelo ne laberetur .. et hac ratione fuit aeque utrique redemptio solvens illum et servans istum. (S. Bernard, *Serm. 22 in Cantic.*)

á cabo sin preceder la Inmaculada Concepción.

Y ¿por qué, al llegar á este punto, no subir más, mucho más, y no remontarnos hasta el trono de María Santísima y caer de hinojos á sus plantas, exclamando á una con los santos, y con las ángeles y con el mismo Dios: ¡Qué hermosa eres!, *quam pulchra es*; *mácula non est in Te*, no hay en Tí mancha alguna, antes en Tí resplandece todo género de belleza corporal, espiritual, sobrenatural, y en tan sumo grado, que sólo se halla mayor en la belleza de Dios, infinita é increada?

En verdad, venerables Hermanos y amados Hijos, que si grandísima gloria dan á Dios los santos y ángeles al complacerse en la Concepción de María, más inefable es, sin comparación, la gloria que le da la misma Virgen, que está sobre todos, y ya desde aquel instante agradó más á Dios que todos ellos juntos. Porque María desde entonces pudo entonar su canto del *Magnificat*, que es canto de triunfo, himno de gloria al Hacedor, y decir puede: *Fecit mihi*

magna qui potens est. «Grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente». Sí, María conoció como nadie el valor de la prerrogativa sin ejemplo de ser la única preservada en aquel instante y llena de toda gracia; conoció que á pesar de la distancia infinita que había entre ella y Díos, Dios trataba de salvar esa distancía disponiéndola desde entonces para ser digna Madre suya; conoció la excelencia de su Maternidad, rayana con lo infinito, y sin embargo dió la preferencia desde entonces y siempre á lo que más grata y más amable la hacía á los divinos ojos, que era su incomparable santidad y pureza.

Y como era, y es, hasta en las alturas de su solio, la más humilde de todas las criaturas, toda la magnificencia y la gloria de su Concepción la pone á los pies del Trono del Eterno, y esta sola oblación de María Inmaculada en acción de gracias por el primer instante de su sér, es más acepta y más preciada y agradable ante el divino acatamiento que las demás oblaciones de todas las criaturas. Por lo mismo que María

es tan agradecida, quiere que nos asociemos á su perenne acción de gracias y que celebremos su Inmaculada Concepción. También lo quiere toda la Beatísima Trinidad, porque quiere ser glorificada en todas sus obras *ad extra*, y más en las que más resplandece su omnipotencia, su sabiduría y su bondad. Pues exceptuando la Encarnación del divino Verbo, en el orden de la naturaleza, en el orden de la Redención y en el orden de la gracia no hay obra comparable con la Concepción de María y en que más admirablemente brille la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y la gracia y amor del Espíritu Santo.

Como os decíamos en nuestra CARTA PASTORAL de la Cuaresma pasada: «El estado sobrenatural »primitivo consistía en la gracia santificante »como centro, tenía la justicia original é inte»gridad como consecuencia de aquel estado pa»radisíaco, la ciencia é inmortalidad como coro»namiento y adorno». Pues al pronunciarse por Dios el *fiat* de la Concepción de María, que lleva

indecibles ventajas al *fiat* de la Creación, al infundirse por Dios aquella alma en aquel cuerpo, la creación, la redención y la santificación de María fué un hecho, y María, aunque sujeta en adelante á los padecimientos y á la muerte, hallóse en aquel felicísimo estado paradisíaco, pero con la incomparable plenitud de gracias y superabundancia y excelencia de dones que reclamaba tal Concepción, llevada á cabo en orden á la Maternidad divina. María fué, como dice el Damasceno, «el paraíso espiritual», paraíso de las delicias de Dios, «en el cual el demonio no tuvo jamás entrada» [1].

«Entonces—como dice el mismo Santo en su »oriental lenguaje—fabricó la omnipotencia del »Padre un nuevo cielo, nueva tierra y nuevo »mar, en que dar principio á la restauración del »género humano». Formóse, es cierto, su cuerpo por modo natural en las entrañas de Santa Ana; pero tan hermoso, que él sólo dió de la hermo-

(1) San Joann Dam. *Homill. 2, in Deipar. Assumpt.*

sura infinita del Criador más cabal idea que todo el embelesador conjunto de los demás seres criados; su alma fué la más excelente de todas las que existieron y habían de existir, si se exceptúa solamente el alma de Cristo; y fué desde entonces tal el concierto y armonía entre su alma y su cuerpo, que superó con indecibles ventajas al concierto y armonía de todo el universo. En la creación de este cielo Dios no tuvo que separar la luz de las tinieblas, porque este cielo nunca estuvo en tinieblas, antes, por el contrario, inundado siempre de todos los resplandores de la luz increada y de la inteligencia infinita. En la creación de esta tierra virgen no la vió Dios como la otra al principio *inanis et vacua*, «informe y desierta», sino con gérmenes de sobrenatural fecundidad, los más aptos para producir el fruto bendito por excelencia, Jesús. En la creación de este mar no tuvo Dios que separar y congregar y apaciguar las tempestuosas y cenagosas ondas; pues jamás tuvo tempestades perturbadoras este mar, en el que, como en es-

pejo limpísimo, se reflejó de lleno la hermosura, la majestad y la inmortalidad de Dios.

Pues para conocer cuán ensalzada está la sabiduría del Hijo en la Concepción de su Madre, bastará indicar tan sólo que, según la Bula *Ineffabilis*, en ese instante María fué *sublimiori modo redempta*, redimida de un modo más sublime que todo el género humano. Ahora bien: redundando en tan grande gloria del Redentor la obra de la redención de los demás mortales, es evidente que más sublime gloria ha de caber al Hijo por esta preservación admirable, la cual, según el eximio Suárez, *maxime redundat in gloriam Christi ut Redemptoris*, «redunda en »grandísima gloria de Cristo en cuanto Reden»tor», á la cual, según el Doctor sutil, Escoto, debe Cristo el aparecer á nuestros ojos como perfectísimo Redentor, y la que, según Benedicto XIV, «reclamaban los tres atributos de »Cristo, de perfectísimo Pacificador, perfectísi»mo Mediador y perfectísimo Bienhechor» [1].

(1) Benedicto XIV, *De festis B. M V*, c. XV.

Ni en este misterio debe ser menor nuestra admiración por el poder del Padre y la sabiduría del Hijo, que por el amor del Espíritu Santo; como que entonces celebró, por decirlo así, el Amor «que del Padre y del Hijo procede», los divinos esponsales con María. En estos divinos desposorios el Espíritu Santo «Señor y vivificador», como decimos en el *Credo*, dió en arras á su Esposa Purísima todos los atavíos de joyas y preseas espirituales que reclamaba la excelencia de la que había de concebir en sus virginales entrañas al Verbo del Padre «por obra y gracia »del Espíritu Santo.» Así que no solamente quedó enriquecida con la infusión de todos sus preciadísimos dones y con la perfección de todas las virtudes que la hacían amabilísima á Dios y á los hombres, sino que, como dice nuestro glorioso taumaturgo S. Vicente Ferrer, «María, en »su santificación quedó deliciosísimamente inun»dada por todo el caudaloso torrente de las di»vinas gracias» [1]. Porque no fué un río ó lluvia

(1) Totum enim flumen divinarum gratiarum in ejus sanc-